

El tiempo no se dilata

Moisés Elías Fuentes

EL TIEMPO no se dilata en los hoteles de paso.

Otra vez desnuda
y tu cuerpo escrito en el espejo
de las que hacen el amor con los ojos abiertos
por si el hombre no fuera más que nalgas,
la espalda una cruz, dos brazos inconformes
y de nuevo nalgas que se acarician mejor en el espejo.

Un hombre hecho de carne, sangre, nervios
que te penetran y casi llegan a saber quién eres.

Hasta que vuelve a su piel de ternuras inconcretas.

Hasta que vuelve y no hay más que superficie.

Su rodilla y tu sexo, tus piernas olvidadas,
tu vientre inútilmente perfecto
y sus manos, hábiles para lo de siempre,
lo que otros te han hecho sin necesidad de ti
que no los necesitarías de no ser por el tiempo
que no se dilata y sólo cuando te hacen el amor
te olvidas de que nunca alguno ha retornado
temblando de ti, húmedo de tu emoción húmeda.

Pero no. Tan simple todo.

Un hombre que se acuesta
y te habla como detrás de una puerta que ya no se abre
para que te quedes afuera a inventarle
una estancia un aroma un calor a la casa que se te niega. 